

cuando la mente sigue ese divino tejido de hechos naturales, de preceptos sublimes, de parábolas interesantes, de milagros benéficos, de celestiales enseñanzas, y cuando se ve la perfecta armonía, la fusión de todo ese conjunto en un fondo común de candor y de verdad, siéntese uno penetrado de cierta irresistible persuasión. Entónces todo se cree; las pruebas vienen á ser inútiles y superfluas; se avergüenza uno de haber dudado y las dificultades se disipan. La mera afirmación del Evangelio basta para cautivar la fé; y al mismo incrédulo, cuando no ha perdido todo género de sentido moral, y todo el sentimiento de la verdad, no puede contener la involuntaria confesión que arrancaba siempre al sofista Rousseau la evidencia de la verdad. "Lo confieso, escribia; la magestad de las Escrituras me pasma; la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á un mismo tiempo sea obra de los hombres? ¿Diremos que la historia del Evangelio no es mas que una invención caprichosa? Amigo mio, no es así como se inventa. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan evidentes, tan absolutamente inimitables, que su inventor seria mas admirable que sus héroes."

Es, pues, verdadero el Evangelio, y podemos abrirlo con entera confianza. (1)

LA VIRGEN Y LA ENCARNACION.

§ I.

Segun las tradiciones mas antiguas y las profecías mas claras del pueblo judío, era, como hemos visto, de la estirpe real de David, y en la pequeña ciudad de Belém en Judea, en donde habia de nacer el Cristo, Salvador y Rey de Israel. Las tradiciones generales del mundo, por alteradas que estuviesen, se armonizaban de una manera evidente con las esperanzas del pueblo de Dios. Los tiempos, pues, designados por los profetas se hallaban cumplidos, y los judíos todos continuaban en la expectativa.

No quedaban mas que dos vástagos de la familia de David. La Virgen María celebró sus desposorios con el carpintero José y

(1) Vease el cuarto tomo de los Estudios filosóficos sobre el Cristianismo, de Augusto Nicolás, obra la mas notable tal vez la que se ha compuesto sobre este asunto.

asi unidos ambos segun la ley de Moisés, vívan pobres é ignorados en un lugar de Galilea llamado Nazaret. Maria consagrada al Señor desde su infancia, frisaba ya en los quince años.

El 25 de Marzo del año de 4.004. de la creacion del mundo, aniversario de la restauracion del pueblo de Israel, y de su salida de Egipto, el Arcángel Gabriel apareció á Maria en su humilde morada de Nazareth y le dijo: "Dios te salve, llena de gracia. El Señor es contigo: bendita eres entre todas las mujeres." Y como se turbase la humilde Virgen con estas palabras: "No temas, Maria, añadió el enviado de Dios, porque has hallado gracia ante el Señor: hé aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo que se llamará Jesus: este será grande; su nombre será el de Hijo del Altísimo, y su reinado no tendrá fin."

"¿Cómo es esto posible, exclamó Maria, si no conozco al varon!"

Y el ángel le dijo: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Por eso el Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios. Nada es imposible al Señor."

Humillada profundamente Maria y llena de temor y de amor: "Hé aquí, dijo: la es-

clava del Señor! Hágase en mí segun su palabra."

Y desapareció el ángel.

Y la Virgen quedó hecha Madre, y el Hijo Eterno de Dios vino á ser hijo de Maria.

§ II.

Pero antes de hablar de tan Soberano Misterio, que es la vida y el centro del mundo, preciso es resolver dos dificultades, dos objeciones, que harian tal vez inútiles las explicaciones mas concluyentes.

La fé, dicen algunos, no debe destruir la razon, no debe enseñar absurdos; y ¿no es absurdo del todo imposible que Dios se haya hecho hombre? ¿Puede la Magestad infinita descender á tal extremo!

La respuesta es muy sencilla. No, en verdad; Dios no puede descender; y si la Iglesia Católica nos enseñase alguna cosa semejante, el buen sentido bastaria para desechar tal doctrina. Tan no es esa la fé cristiana, que la Iglesia enseña expresamente que el Hijo de Dios revistiéndose de la humana naturaleza, no la ha confundido con la divina, bien que *estén unidas* la divinidad y la humanidad en su persona indivisible. La

confusion de su naturaleza divina, infinita, eterna, omnipotente y creada, es lo que constituiría una contradicción, una verdadera imposibilidad.

Empero el Dios de los cristianos, nada ofrece de contradictorio, habiendo unido la divinidad y la humanidad sin confundirlas. En esta humanidad que se dignó unir á su divinidad, permanece eterno, creador todopoderoso é infinito; así que cuando decimos que Dios nació, que Dios sufrió, que Dios murió, solamente hablamos de su naturaleza humana, por mas que esta naturaleza humana se halle tan íntimamente unida á la naturaleza divina, que no forman ambas mas que una sola é indivisible persona, que es Jesucristo hijo de Dios.

La fé cristiana no presenta, por tanto, á la razon nada de absurdo ni de *imposible*, nada que sea indigno de la grandeza de Dios ni de la razon humana; y el deber de la inteligencia del hombre, aquí como en todos los misterios, es asegurarse de la realidad del hecho, y no escudriñar el principio.

Otra imposibilidad se puede objetar: ¿Cómo una Virgen puede ser madre y permanecer al mismo tiempo Virgen?

Basta hacer notar, en una materia tan delicada, que se confunden aquí dos ideas muy

distintas: la *virginidad* y la *esterilidad*. Imposible, es en efecto, que un seno estéril sea el seno de una madre, sin dejar de ser estéril; mas no es lo mismo tratándose de una Virgen. Sin duda una *virginidad fecunda* no puede ser sino efecto de una acción toda *sobrenatural, divina y milagrosa*; y justamente por eso la Iglesia proclama sobrenatural, divina y milagrosa la fecundidad de la Santísima Virgen María. Jesucristo nació de ella, no segun las leyes naturales, sino segun la omnipotencia del Espíritu Santo.

Debemos guardarnos de creer á la ligera esas mal llamadas *imposibilidades*, esas contradicciones que se achacan á la fé cristiana, pues que proceden *siempre* de ignorar la enseñanza infalible de la Iglesia, y muchas veces á esta ignorancia se une la rebeldía de la orgullosa razon y el deseo de entregarse con mas desenfreno á las depravadas pasiones.

§ III.

La verdad tiene el privilegio incomunicable de probarse en el momento en que se presenta; es como la luz, que se ve y no se demuestra.

Antes de que podamos entender el testimonio que Jesucristo se ha dado á sí mismo, y ántes de ver si ese testimonio es digno de crédito y si se apoya en argumentos irrefragables, no será inútil exponer aquí en pocas palabras la enseñanza tan admirable como generalmente ignorada de la fé cristiana sobre la Encarnacion del Hijo de Dios.

Llámase *misterio* á una verdad que se conoce bastante para formularla y para admitirla; pero que no puede comprenderse de una manera completa. El misterio es *superior* á la razon, mas no *contra* la razon: es el sello divino é inimitable que Dios pone á todas sus obras. Para quien sabe reflexionar, todo es misterio en el órden de la naturaleza como en el de la gracia; todo es misterio en la creacion y en la religion cristiana, como que proceden ambas igualmente de las manos de Dios. El misterio de la Encarnacion es el misterio de Dios hecho hombre; de Dios infinito é inaccesible, que se manifiesta á sus criaturas en una humanidad semejante á la nuestra, y que viene así á convertirse en nuestro Dios, en nuestro Pontífice, en nuestro Gefe, al mismo tiempo que nuestro hermano nuestro.

Dios es amor, y el amor produce la union. Amándonos Dios tanto ¿qué tiene de sor-

prendente esta union admirable que llamamos Encarnacion? “En cuanto á nosotros, respondia en otro tiempo el Apóstol San Juan á los herejes que negaban la Encarnacion, podemos aseguraros que creemos en el amor de nuestro Dios.” Por esto vemos que Jesucristo nos dice á continuacion, que su presencia en medio del mundo es el exceso del amor divino: “Dios amó tanto al mundo, que le ha dado á su Hijo Unigénito.”

El doble fundamento del misterio de la Encarnacion es, por una parte, la unidad indivisible y perfecta de la persona de Jesucristo, Hijo Eterno de Dios é Hijo de la Virgen Maria; y por otra, la distincion perfecta de sus dos naturalezas, divina y humana. En la conuinacion de estas dos verdades, la unidad de la persona y la distincion de las naturalezas, reside el misterio de Jesucristo.

Todos llevamos en nosotros mismos un misterio casi semejante. En la unidad indivisible de mi persona ¿no se ven, en efecto, dos naturalezas absolutamente distintas, la espiritual y la corporal, cuya union forma de mí mismo un hombre? El hombre no es sólo el alma ni solo cuerpo; es el compuesto único de alma y cuerpo.

Y es tan exacta esta comparacion que lle-

vada mas adelante, nos pone de manifesto de qué modo la Virgen María es realmente la Madre de Dios, bien que ella no haya concebido en sus entrañas la divinidad de Jesus. Mi madre no ha dado á luz mas que mi cuerpo; y sin embargo, ¿no es mi madre, es decir, la madre de mi persona compuesta de mi alma y de mi cuerpo? Pues de la propia manera en Jesucristo la naturaleza divina es la más noble, y no obstante María, al concebir la sola naturaleza humana de Jesucristo, vino á ser la Madre de la persona divina.

Jesucristo es tan verdadero hombre como verdadero Dios; consustancial con su padre; hombre consustancial con su Madre; eterno, porque es Dios, sugeto al tiempo por ser hombre; á un mismo tiempo infinito y finito, increado y creado, omnipotente y pasible, Hijo de Dios é Hijo del hombre.

Tal es la doctrina cristiana acerca de la Encarnacion. ¿No es tan sublime y tan digna de la grandeza como de la bondad de Dios?

§ IV.

Pues todavía, con ser tan sobrenatural y divino el misterio de la Encarnacion, nada

es por otra parte mas natural ni más humano.

Como quiera que entre las criaturas todas no haya una idea más natural al hombre que el *hombre* mismo, de aquí el que naturalmente el hombre haya sido llevado á aplicar á un cuerpo y á una forma humana la idea que tenia de la divinidad. Tal ha sido el origen de la idolatría.

Siendo la Encarnacion á un mismo tiempo satisfaccion y remedio de esta tendencia, Dios en su amor y en su paternal bondad quizo mostrar al hombre un *hombre* que fuese Dios, para fijar sus adoraciones, y para dirigirle hácia su verdadero fin, haciéndole visible y aún palpable la sanidad eterna y la soberana verdad.

Tal es el Dios de los cristianos, el *Hombre* Dios. Nada puede darse ménos metafísico, nada ménos vago que este objeto divino de nuestra Religion. Por esto, entre nosotros, las inteligencias mas humildes como las mas elevadas, el niño y la sencilla mujer, como el filósofo y el sabio, gracias al misterio de la Encarnacion, tienen las ideas más claras, las más sublimes, y al mismo tiempo las más prácticas acerca de Dios y de la senda que debemos seguir para llegar á Él.

Preséntanos la Encarnacion á un Dios adorado y á un Dios adorador. ¡Un Dios adorador! ¡qué prodigio! ¡Pero un hombre adorado! ¡qué prodigio tambien! Y finalmente, el mismo sujeto siendo juntamente Dios adorador y hombre adorado; recibiendo y dando las adoraciones en este doble concepto, recibéndolas como hombre porque es Dios, dándolas como Dios, porque es hombre. . . . ¡qué grandeza y qué armonia!

§ V.

A la manera que en una superficie plana la sombra hace resaltar la luz, del mismo modo el error realza y hace resplandecer la verdad. Para comprender mejor la verdadera doctrina sobre el misterio de Jesucristo, no sería inútil dar cuenta, en pocas palabras, de los principales errores acerca de la Encarnacion.

Aparecieron los primeros en tiempo de los Apóstoles, y ¡cosa notable! la notoriedad de los milagros y de la divinidad de Jesucristo era tal, que solo se negó en un principio la realidad de su humanidad. Los Docetas y los primeros Gnósticos pretendian que la carne de Jesucristo creada en el origen de

los tiempos, no habia hecho mas que pasar por María para aparecer en el mundo.

Despues de los Gnósticos, pareció, un tal Pablo de Samosata, el cual *separando* al Cristo del Verbo en vez de *distinguirlos* simplemente, destruía la unidad de la persona del Salvador, y compendiaba su error en esta fórmula capciosa: "Jesucristo no existió ántes que María." Olvidaba que no hay sino una persona en el Hijo de María, y que esta persona es el Dios eterno.

Vino despues el célebre heresiarca Arrio, presbítero de Alejandría, á fines del siglo tercero. Atacaba su heregía á un tiempo el misterio de la Trinidad y el de la Encarnacion, y por consiguiente el de la Redencion. Arrio enseñaba que el Verbo, segunda persona de la Santísima Trinidad, era una criatura, la primera de todas, en el orden de los tiempos y que por ella, como por un mediador, habia creado Dios el universo. Andando los siglos, añadía Arrio, el Verbo se encarnó en el seno de María, y Jesus es el Verbo encarnado. Resultaba de aquí que el Verbo no es igual ni consustancial al Padre, y que Jesucristo no era Dios.

Aparese luego Nestorio, patriarca de Constantinopla, el cual, á los principios del siglo quinto, renovó y desarrolló la heregía de

Pablo de Samosata, y quiso ver en Jesucristo, no solo dos naturalezas, sino tambien dos personas, el Verbo y Cristo. Formulaba su heregía de un modo mas impío y no ménos insidioso que su antecesor. "María, decia, no es la Madre de Dios, es solamente la Madre del Cristo.

Estraviado por la violencia de la reaccion contra Nestorio, pretendió, treinta años despues, el monge Eutyches, que Cristo no tenia mas que una sola naturaleza, y nada mas que una sola persona; que no era en verdad hombre, y que en Él la divinidad absorvia completamente á la humanidad.

En el último siglo fué mas léjos todavía la soberbia y la audacia. Una caterva de impíos ignorantes de las cosas de Dios, de costumbres depravadas y de superficial talento, atreviéronse á decir, que Jesucristo era un hombre como nosotros, llevando Voltaire su furiosa impiedad al extremo de llamarle un vil impostor é *infame*.

En nuestros dias, finalmente, tenemos á unas cuantas cabezas vacías que no ven en Jesucristo mas que un nivelador demócrata.

En vista de estas aberraciones criminales, la Iglesia Católica y Apostólica, regida por San Pedro y por los Pontífices romanos sus sucesores, enseña con invariable autoridad

lo que repetimos diariamente en el Santo Sacrificio, en el Símbolo de la verdadera fé: "Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo Único de Dios, y nacido del Padre ántes de todos los siglos. Dios que procede de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no creado, consustancial al Padre, por quien todas las cosas han sido creadas, el cual descendió del cielo por nuestra causa y para nuestra salvacion, y tomó carne por virtud del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se hizo hombre."

De este modo la verdad está entre ambos extremos: ni confusion ni separacion, sino UNION de dos naturalezas en la persona de Jesucristo Dios y Hombre.

§ VI.

No hay mas que un solo Dios; Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El Padre no ha tomado carne, ni tampoco el Espíritu Santo; pero el Padre está en el Hijo, y el Espíritu Santo procede así del Hijo como del Padre. Jesus, Hijo de Dios hecho hombre, posee la plenitud de la divinidad. No es el Padre, y sin embargo, quien le ve, ve al Padre, no es el Espíritu Santo,

y sin embargo, está todo en el Espíritu Santo, que procede de Él y es su propio espíritu.

Jesucristo, es pues, el verdadero Dios, el solo verdadero Dios, y toda criatura que aspira á Dios, aspira á Jesucristo, aun cuando ella no lo conozca. Conocer á Jesucristo, es conocer la verdad y la vida; ignorarle, es ignorar lo único necesario; amarle, es amar el bien supremo en este mundo y en la eternidad.

Jesucristo es el Criador del cielo y de la tierra, y al mismo tiempo el mediador entre la eternidad y el tiempo, entre Dios y la criatura. En Él se compendia toda la Religión de Dios, es decir, el vínculo que une á Dios con los hombres, y á los hombres con Dios. Por Él y para Él (1) existen todas las cosas, y particularmente nosotros sus criaturas racionales.

Su alma santa es el modelo ó tipo primitivo de todo el mundo espiritual é invisible, y su cuerpo el arquetipo de todo el mundo material.

Jesús es el hombre por excelencia, el hombre de los hombres, Aquel para quien fueron creados los hombres todos, el centro de

(1) Per quem et propter quem omnia (San Pablo.)

la creación, la razón del ser de todas las existencias; más todavía, el principio y el fin de todo, porque es el solo Dios vivo.

En Él se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia: en Él, Dios ha venido á ser *nuestro Padre*; y el abismo incommensurable que separa de los tiempos la eternidad, el Criador de la criatura, lo infinito de lo finito, se ha llenado por su Encarnación. Jesús es el cielo en la tierra: por eso la Iglesia llama á su Madre "Puerta del Cielo."

El día en que Dios empezó á ser Jesús, es el día más grande que ha habido en el mundo.

§ VII.

La Virgen es verdaderamente la Madre de Dios.

María es para Jesucristo en el tiempo, lo que su Padre es en la eternidad: ella le produjo, ella le engendró de su sustancia, y le dice con un derecho tan real como su Padre: "Tú eres mi Hijo.... *Filius meus es tú.*"

María es tan necesaria para Jesús, como el mismo Dios Padre; pues sin su Madre no sería Jesús, es decir, el Verbo encarnado.

La Virgen va asociada á todas las gran-

dezas de Jesus; con Él y para Él es ella Reina de la Iglesia y del mundo.

Por Él y á causa de El fué inmaculada en su concepcion, y exenta á la vez del pecado original y de todos los demás pecados. Por El y á causa de El presenta en sí el milagro único de una virginidad fecunda.

Si Jesucristo es nuestra cabeza, y si nosotros somos sus miembros, la Virgen puede compararse con el cuello que une los miembros con la cabeza.

Por María ha venido á nosotros Jesus, y solo por Ella debemos nosotros ir á El.

Los protestantes no comprenden éste misterio de amor y de union, cuando creen purificar el cristianismo reprobando el culto de María, sin reflexionar que, cortando el cuello, amputan la cabeza.

§ VIII.

Echamos en cara los protestantes el nombre de *Mediadora* que damos á la Virgen María; y no ven que este glorioso atributo es la consecuencia segura de la maternidad divina.

Jesucristo es Mediador porque es verdadero Dios y verdadero hombre. Todo entero en la divinidad y en la humanidad, El es

causa de que mutuamente se penetren, y por decirlo así, se fundan Dios en el hombre y el hombre en Dios; la eternidad en el tiempo, y el tiempo en la eternidad; lo infinito en lo finito, y lo finito en lo infinito. De esta manera es mediador Jesucristo.

Segun el gran pensamiento de Santa Catalina de Sena, Jesucristo es el puente misterioso que une las dos márgenes de lo infinito y de lo finito. Nadie puede pasar de la una á la otra orilla, si no es por medio de este puente. Por el pasa todo lo que de la eternidad nos viene al tiempo, y por el tiempo, y por el tambien todo lo que del tiempo vuelve á pasar á la eternidad para abismarse en Dios.

Este puente no tiene mas que un arco, el cual pertenece á las dos orillas, apoyando e todo entero en una y en otra. En la una está el Padre, principio de todas las cosas, y del cual todo trae su origen; en la otra se halla María, la primera de las criaturas, que comunica inmediatamente con el puente, como el Padre mismo. María es pues la primera para recibirlo todo, y por consiguiente para comunicarlo á los que están á la orilla de lo finito.

Efectivamente, como nadie puede ir á la orilla de lo infinito, ó sea al Padre sin pasar

por el puente, que es Jesucristo, así no hay tampoco quien llegue al puente si no es pasando por esta orilla, que es María, la Virgen Madre. De la misma suerte, así como nadie puede venir á nosotros de la orilla de lo infinito ó si se quiere, del Padre, sin pasar por el puente, que es Jesucristo, así tambien nadie puede desde este puente llegar á nosotros sin pasar por la orilla de lo finito que es María.

No hay cosa mas exacta que esta asercion puesta por el Espíritu Santo en los labios sagrados de la Iglesia, á saber: que María es la verdadera Mediadora entre nosotros y su Hijo; que nadie llega á Jesucristo sino es por María, y que nada pasa del Cielo á la tierra ni de la tierra al Cielo, mas que por María.

En este sentido es la Virgen María nuestra *Mediadora*.

Jesucristo es una flor, cuyo perfume es Dios y cullo tallo es María. En vano querrá tenerse el perfume sin la flor, y en vano tambien queremos tener la flor sin el tallo, por que este tallo no ha llevado una vez sola la flor, sino que la lleva perpetuamente, y hace que florezca siempre en las almas.

§ IX.

La vida de la Santísima Virgen es un misterio profundo. Cuando meditamos en la divina maternidad, se entreven grandezas sin medida, que un doctor de la Iglesia (1) se atreve á llamar una especie de infinidad. *Quandam infinitatem.*

¡Que union, en efecto, por no decir que unidad, entre esta milagrosa Madre y el Hijo de Dios á quien llevó nueve meses en su seno virginal! Una sola sangre circula en sus venas, la sangre de Dios encarnado; y no deja de ser un verdadero prodigio el que la Madre de Dios no haya llegado á ser Dios.

Y sin embargo, la union corporal era menor aunque la espiritual del Hijo y de la Madre, como quiera que cada instante de la vida de María estrechaba hasta lo infinito el vínculo sagrado del amor, que la unia con Jesus su Dios.

En María, como en Jesus, todo se halla en el Espíritu Santo, que es la union, el amor, la vida y la perfeccion.

§ X.

La vida de María se divide en tres faces, que son las tres faces de un solo é inefable,

(1) San Buenaventura.

amor: el amor de *Dios*, el amor de *Jesus* y el amor de la *Iglesia*.

El amor de Dios llenó su corazón hasta el día de la Encarnación, llegando á convertirse en amor maternal de María, cuando su Dios vino á ser su Hijo, y tomando finalmente al pié de la Cruz un tercer carácter, cuando pasó su amor hácia nosotros, hombres regenerados, representados en el Calvario por el Apóstol San Juan.

Con harta justicia, pues, la Iglesia tributa á la Bienaventurada Virgen María los mas cuaplidos homenajes, y la ama con el amor mas tierno.

Honar á María, confesar á María, es confesar el cristianismo en su acto esencial, en el acto de la Encarnación: es confesar que Jesucristo es hombre, puesto que es hijo de una mujer; es confesar que María es Madre de Dios, una vez que Jesucristo es Dios.

El culto de María no es otra cosa que el culto de Jesus, es decir, el culto de Dios.

§ XI.

Con motivo de la Anunciación, vamos á decir dos palabras acerca de los Angeles.

La grande heregía de los tiempos modernos consiste en no creer nada concerniente

al mundo espiritual y sobrenatural. No se cree mas que lo que se ve y lo que se toca; y sin embargo, las realidades mas reales, por decirlo así, son las que no se ven ni se tocan. El mas real de todos los seres es Dios, que es el mas invisible. En el hombre, el alma tiene mas realidad, mas vida que el cuerpo. Otro tanto acontece con el mundo.

Los ángeles ó espíritus son las potestades invisibles que conservan y rigen el mundo: su fuerza y su manera de existir excede á todo humano concepto. Por medio de ellos gobierna Dios la materia (1), y por medio de ellos tambien, en las circunstancias mas solemnes, manifiesta exterior y milagrosamen-

(1) La fé nos enseña pocas cosas acerca de los ángeles. Nos dice tan solo que existen, que son espíritus, que los unos han sido fieles á Dios y están en la gloria eterna, y que los demás, rebelados por orgullo, están condenados eternamente. Nos enseña además la fé, que tanto los ángeles buenos como los malos ejercen una acción sobre los hombres y sobre los elementos.

San Pablo dice expresamente en su epístola á los hebreos:

“*Todos los ángeles ¿no tienen acaso la misión de servir ó administrar el mundo? Nonne omnes administratorii spiritus?*” Estas palabras dan mucha luz acerca del mundo de los espíritus, cuya acción exterior se concilia perfectamente con la constante contemplación en que están de la esencia divina.

te su voluntad. Muchos de estos mismos *espíritus administradores*, como los llama el Apóstol San Pablo, se desviaron de su Criador; y el desórden de su rebelion, manifestado en los elementos de este mundo, es una de las causas mas ignoradas de cuantos desórdenes físicos le desconciertan. Su acción deletèrea se halla contenida por los ángeles fieles, cuya fuerza es la fuerza del mismo Jesucristo; y la lucha no cesará en tanto que el Hijo de Dios venga al fin de los tiempos á completar su triunfo y libertar al universo.

Todas las generaciones humanas que van llenando los siglos, se asocian á la fidelidad de los ángeles buenos ó á la rebeldía de los demonios. Segun la eleccion que hubiésemos hecho en esta vida, participaremos en la eternidad la bienaventuranza y la gloria de los unos, ó del castigo y la maldicion de los otros.

Todo esto podrá parecer muy estraño en este siglo de materialismo; mas no por eso ménos cierto. Si queremos ser cristianos, es preciso creer no solo en la existencia de los ángeles y de los demonios, sino tambien en su acción sobre el mundo. El Evangelio abunda en estas ideas. Un ángel se apareció á Eva en el dia de su caída; un ángel se

apareció á María en el de la reparacion. Eva, la vírgen infiel, creyó al ángel infiel y nos perdió: María, la Vírgen Santísima, creyó al ángel fiel, y nos salvó.

En la Anunciacion, Gabriel lleva á María, como á la Soberana de los ángeles, el *salve* permanente de todo el mundo angélico. La Iglesia se le asocia en la tierra, repitiendo con él: "*Dios te salve, María.*"

—••—

BELEM.

§ I.

Despues de la Encarnacion del Hijo de Dios, la Vírgen salió de Nazareth, y estuvo tres meses al lado de la parienta Isabel, en la antigua ciudad de Hebron, en el lugar mismo en que, segun la tradicion, descansaban los sagrados restos de los Patriarcas Abraham, Isaías y Jacob.

Isabel llevaba entonces en su seno al precursor del Mesías, anunciado tambien por los Profetas, y que saltó de júbilo en el vientre de su madre al acercarse la humilde Vírgen que llevaba consigo á Dios.

Entonces fué cuando María, saludada por